

**Director**  
Francisco Muñoz Jaramillo

**Comité Editorial ad hoc**  
Santiago Ortiz  
Franklin Ramírez

**Editor**  
Ángel Enrique Arias

**Consejo Editorial**  
Jaime Arciniegas, Augusto Barrera,  
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro,  
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado,  
Julio Echeverría, Myriam Garcés, Luis Gómez,  
Ramiro González, Virgilio Hernández,  
Guillermo Landázuri, Luis Maldonado Lince,  
René Maugé, Paco Moncayo, René Morales,  
Melania Mora, Marco Navas, Gonzalo Ortiz,  
Nina Pacari, Andrés Páez, Alexis Ponce,  
Rafael Quintero, Eduardo Valencia, Andrés Vallejo,  
Raúl Vallejo, Gaitán Villavicencio

**Coordinadora Editorial**  
María Arboleda

**Diseño y Diagramación**  
Verónica Ávila / Activa Diseño Editorial

**Fotografías**  
Archivo Activa

**Auspicio**  
ILDIS - FES  
Avenida República 500, Edificio Pucará  
Teléfono (593) 2 2 562 103  
Quito - Ecuador  
[www.ildis.org.ec](http://www.ildis.org.ec)

**Impresión**  
Gráficas Araujo  
08 44 90 582

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

**laTendencia**  
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor  
ISSN: 13902571  
Octubre/Noviembre de 2008

# laTendencia

—revista de análisis político—

Hugo Barber  
Kintto Lucas  
Hernán Reyes Aguinaga  
Rafael Guerrero B.  
Milton Cáceres  
Virgilio Hernández E.  
Alberto Acosta  
Diego Borja Cornejo  
René Ramírez Gallegos  
Gerardo Venegas  
Betty Tola  
Rocío Rosero Garcés  
Solanda Goyes Quelal  
Jorge Moreno Yanes  
Marco Romero Cevallos  
Juan Cuvi  
Claudia Detsch  
Hervé Do Alto  
Carlos Larrea  
María Paula Romo  
Enrique Ayala Mora

8 oct/nov 2008

## Coyuntura

- 5** **Editorial**  
Convergencia de las izquierdas en el marco del acuerdo nacional  
Francisco Muñoz Jaramillo
- 11** Los convidados de piedra:  
El referéndum y sus resultados  
Hugo Barber
- 16** Tendencias difusas y correlación de fuerzas  
Kintto Lucas
- 21** La derecha y el referéndum  
Hernán Reyes Aguinaga
- 26** Correa y Nebot: identidad y diferencia  
Rafael Guerrero B.
- 32** Iglesias y referéndum  
Milton Cáceres
- 36** El escenario post referéndum  
Virgilio Hernández E.



**43** La compleja tarea de construir democráticamente una sociedad democrática  
Alberto Acosta

## Políticas públicas

- 49** El desafío de la transformación pasa por un amplio acuerdo democrático  
Diego Borja Cornejo
- 56** El nuevo pacto de convivencia para Ecuador (2008): Vivir como iguales, queriendo vivir juntos  
René Ramírez Gallegos
- 62** Mundialización y liberación  
Gerardo Venegas
- 69** Un día después... Los retos para darle vida a la nueva constitución  
Betty Tola
- 77** Los derechos de las mujeres en la constitución del 2008  
Rocío Rosero Garcés  
Solanda Goyes Quelal
- 83** Organización y funciones del Estado: la función electoral  
Jorge Moreno Yanes



**89** ¿Otra crisis financiera o un cambio fundamental en el capitalismo financiero?  
Marco Romero Cevallos

## Internacional

- 95** Postergar para reinar  
Juan Cuvi
- 101** ¿Son conciliables producción y protección climática?  
Claudia Detsch
- 108** De Santa Cruz al Porvenir: los dilemas de la derecha boliviana  
Hervé Do Alto



**114** Sustentabilidad y equidad: hacia nuevos paradigmas de desarrollo en América Latina  
Carlos Larrea

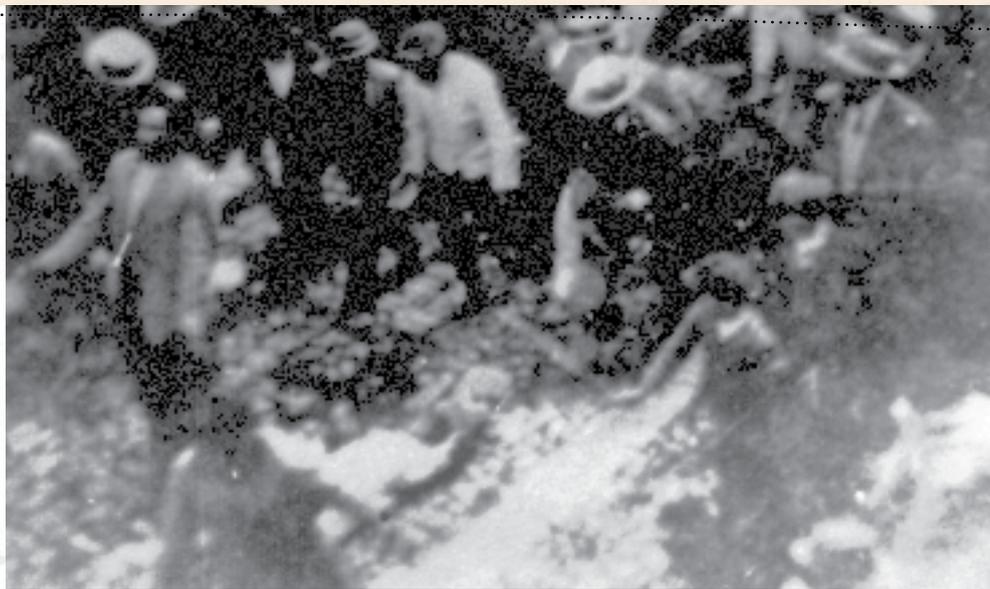
## Debate ideológico

- 119** ¿Cómo es el socialismo del siglo XXI?  
María Paula Romo
- 122** Salvador Allende: Revolucionario, demócrata y socialista  
Enrique Ayala Mora

**H**ace algunos años, cuando se discutía el problema del apartheid en Sudáfrica, y a propósito de ciertas posturas radicales que planteaban como solución la expulsión de la minoría blanca de ese país, un *afrikaner* hizo esta declaración: “mis antepasados llegaron a este país hace más de trescientos años, mi familia lo defendió con las armas de la invasión británica; por lo tanto, esta tierra es tan mía como de la mayoría negra”. Tal vez sin proponérselo la expresión contenía un mensaje implícito: al mismo tiempo que reivindicaba su derecho de pertenencia, el *afrikaner* admitía la contingencia de que los aborígenes africanos hubieran expulsado a las primeras dos o tres generaciones de europeos que conquistaron esas tierras.

Haberlo hecho en aquellos tiempos constituía, a no dudarlo, un acto de plena justicia, sobre todo tratándose de un acto de extrema violencia, de una invasión atroz y humillante; pero querer hacerlo tres siglos después era, por el contrario, una tremenda injusticia, porque los acusados no podían ser tratados como conquistadores sino como explotadores y racistas, crímenes sociales que requieren de otro tipo de respuestas.

La posibilidad virtual de que los africanos hubieran impedido por la fuerza la conquista europea en el siglo XVI nos lleva, por otro camino, a una conclusión más compleja: existen injusticias cuya solución, de no ser oportuna, pierde toda vigencia.



## Postergar para reinar

### La perversa lógica de la postergación

Situaciones similares abundan en la historia de América Latina. No viene al caso enumerarlas, pero sí es necesario señalar una constante que se presenta con increíble reiteración: las élites han sido extremadamente hábiles en postergar las soluciones hasta volverlas inviables, con el único propósito de prolongar privilegios anacrónicos y vergonzosos. Carentes de visión, nunca pensaron en las ventajas que les podía significar la realización de cambios.

A manera de ejemplo se puede señalar el caso ecuatoriano de inicios del siglo XX. La oligarquía conspiró por todos los medios en contra del proceso de democratización y modernización que emprendió la Revolución Alfarista, y que hubiera permitido superar en buena medida la pobreza, el atraso y la exclusión social que nos ataban al pasado.

*Juan Cuvi*

*Juan Cuvi— Dirigente de Alfaro Vive Carajo,  
Director de la Fundación Donum, Cuenca.*

Treinta años después, el país no estuvo en condiciones de aprovechar para su desarrollo las oportunidades que se presentaron como consecuencia de la II Guerra Mundial y de la posguerra.

Visto desde la perspectiva de estas élites, dicha oportunidad les hubiera abierto las puertas a transformarse en una moderna burguesía nacional, al tiempo de colocar al Ecuador en una situación ventajosa en el contexto regional; hecho que, por añadidura, les habría reportado importantes beneficios. Cuando quisieron hacerlo, las condiciones mundiales habían variado tanto que solamente les permitieron una incorporación mendicante a la nueva economía mundial.

#### El caso boliviano

Por similitudes que no son gratuitas ni antojadizas, Bolivia es otro país donde este absurdo se presenta con inusitada frecuencia, a tal extremo que *empujar los conflictos al borde del abismo antes de resolverlos* se ha convertido, como los mismos bolivianos lo reconocen, en consigna nacional. Y resolverlos es un decir, porque lo que se ve hasta ahora es una sucesión de parches y paliativos que tienen al país a punto del colapso definitivo.

El conflicto regional boliviano es la consecuencia inevitable de una acción premeditada de las élites para obviar resolver a su debido tiempo las profundas desigualdades sociales y étnicas que asfixiaban al país. Amenazados por la revolución minera de 1952 y la posterior Reforma Agraria, los grupos

oligárquicos apostaron su futuro a la consolidación de un polo de desarrollo totalmente alejado del altiplano indígena, que además generaba grandes expectativas por el potencial petrolífero. El crecimiento de Santa Cruz de la Sierra, que en ese entonces no era más que una pequeña ciudad a 900 kilómetros de La Paz, se produjo prácticamente al amparo del aislamiento geográfico y de la ausencia de control político y administrativo del gobierno central.

Mientras en las alturas se intervenían las grandes haciendas, allá se conformaban latifundios cuyas extensiones, a principios del siglo XXI, no admiten otro calificativo que escalofriantes (Branco Marinkovic, uno de los líderes de la oposición, posee una propiedad de 27.000 hectáreas). Esta debilidad institucional abrió también la vía a una explotación extrema de la fuerza de trabajo. Latifundio y sobreexplotación de la mano de obra son los factores claves sobre los que se cimentó el poder de las élites orientales.

Medio siglo después, Santa Cruz de la Sierra y los departamentos aledaños han consolidado un modelo económico basado en los más fervientes principios neoliberales, y un modelo político asentado en el más tradicional caciquismo; ambos modelos difieren abismalmente de la propuesta étnica y socialista del gobierno de Evo Morales.

#### La realidad adversa

La posibilidad de que la producción hidrocarburífera del

“**El conflicto regional boliviano es la consecuencia inevitable de una acción premeditada de las élites para obviar resolver a su debido tiempo las profundas desigualdades sociales y étnicas que asfixiaban al país. Amenazados por la revolución minera de 1952 y la posterior Reforma Agraria, los grupos oligárquicos apostaron su futuro a la consolidación de un polo de desarrollo totalmente alejado del altiplano indígena, que además generaba grandes expectativas por el potencial petrolífero.**”

oriente boliviano hubiera servido para sostener un proceso de desarrollo integral, y solucionar los problemas más acuciantes de la sociedad, terminó convertida en un claro instrumento de confrontación política y de agravamiento de las desigualdades. Hoy, cuando accede al poder un gobierno con un firme proyecto democrático y nacional, y con una legitimidad que le permitiría impulsar una transformación estratégica de la sociedad, se encuentra con un hecho consumado, con una realidad adversa, con un contra-poder que controla recursos indispensables para gobernar.

Los cinco departamentos de la llamada Media Luna representan el 67% del territorio, el 42% de la población y el 60% de la generación de riqueza. Las exportaciones de gas y petróleo triplican a las exportaciones mineras, que históricamente fueron la base productiva de Bolivia, y cuya actividad, hoy en día, quedó circunscrita al altiplano empobrecido. Ello explica la insistencia de los dirigentes “rebeldes” en reivindicar el manejo del Impuesto Directo a Hidrocarburo, cuyo incremento por los precios internacionales del petróleo fue utilizado por el gobierno para financiar un bono de la vejez.

A mi juicio, el mayor problema que enfrenta el gobierno de Evo Morales no radica tanto en estas condiciones materiales, sino en la legitimidad política que han alcanzado sus opositores. En el referéndum aprobatorio de agosto pasado, los cuatro prefectos que se sometieron al escrutinio

público obtuvieron votaciones que oscilan entre el 58 y el 67 por ciento, resultados que en forma automática fueron convertidos en preámbulo y justificación de los acontecimientos violentos promovidos en el mes de septiembre. Solamente esa ratificación electoral puede explicar que, pese a las agresiones racistas cometidas en las calles, a la ocupación de instituciones públicas, a los actos de vandalismo y a la matanza de Pando —actos que han recibido el repudio y la condena generales—, los prefectos orientales estén sentados en la mesa de negociaciones con el gobierno y cuenten con la veeduría de organismos internacionales.

Se evidencian así las nuevas estrategias desarrolladas por los grupos oligárquicos una vez que concluyó la etapa latinoamericana de las dictaduras. Ya no cooptan a la cúpula de las Fuerzas Armadas para inducirlas a un golpe de Estado; ya no organizan descarados fraudes electorales; ahora se atrincheran en sus feudos y ganan elecciones, para lo cual han desarrollado un complejo arsenal de referentes simbólicos y redes clientelares.

#### El regionalismo como estrategia

Adicionalmente han optimizado un instrumento perverso pero eficaz, con el cual han logrado disimular las fracturas sociales internas: el discurso regionalista. La aberrante concentración de riqueza, y las infames desigualdades socioeconómicas que padece la sociedad cruceña, permanecen

ocultas bajo el manto de las reivindicaciones regionales. El chauvinismo parroquiano enfervoriza a las masas y genera adhesiones electorales, pero a costa de fortalecer el viejo esquema de dominación. Simultáneamente, y como pieza fundamental del engranaje, se neutraliza la aparición de opositores políticos internos bajo la amenaza de ser estigmatizados como traidores. Con dicho propósito aceitan y manipulan todos los mecanismos posibles: control mediático, control judicial, manipulación ideológico-cultural, promoción deportiva.

Salvo que quiera utilizar la fuerza de manera frontal, la única vía que tiene Evo Morales para derrotar a sus opositores regionales es provocando la implosión de su modelo, el desmoronamiento interno de su estructura de dominación. Acosarlos desde afuera con movilizaciones de masas o con la fuerza pública tiene dos riesgos graves: generar una reacción regionalista masiva que, bien manipulada, legitime aún más los liderazgos elitistas; o dividir a las fuerzas armadas y a la policía, instituciones que por tradición nunca han coincidido con posiciones democráticas. Ambas consecuencias alimentan las posibilidades de una conflagración interna.

El drama de las soluciones postergadas se presenta, entonces, en toda su desnudez. ¿Tiene derecho el MAS boliviano a impulsar una propuesta de cambio con fuertes contenidos étnicos y sociales? Por supuesto que sí. ¿Tiene derecho el gobierno a imponer su

autoridad en todo el territorio nacional? Obviamente que sí. ¿Puede desconocer Evo Morales que en el oriente boliviano está en marcha un proyecto distinto al suyo? Indudablemente que no. ¿Debe aceptar la sociedad boliviana un proyecto económico regional basado en la injusticia y la desigualdad? Definitivamente no, sobre todo porque es un proyecto que se edificó con los recursos de toda la nación. Pero la no aceptación no implica, bajo ningún concepto, la negación de una realidad concreta con la que hay que lidiar.

En este punto, la iniciativa más acertada del gobierno boliviano ha sido la propuesta de democratización de la representación local en todo el territorio nacional, a través de la elección directa de los consejeros de las subprefecturas (equivalentes a nuestros cantones). De acuerdo con la información del último referéndum, en Bolivia se presenta el mismo fenómeno que en nuestro país: ciertos liderazgos elitistas se asientan en el apoyo electoral de los centros urbanos, tanto para la representación provincial como cantonal, pero carecen de aceptación en las circunscripciones rurales. Una medida como la señalada obligaría a las autoridades “rebeldes” a compartir ciertos espacios de poder regional, con lo que se empujaría a desmontar una estructura cacical de representación política. Minarles la base electoral implica quitarles el único justificativo legal que poseen; sería obligarles a actuar como lo que son: mafias conspiradoras, autoritarias, excluyentes y antidemocráticas.

### Amenazas en el caso ecuatoriano

¿Es posible encontrar similitudes con el proceso histórico y actual que vive el Ecuador? Por supuesto que sí. Pero también existen diferencias que, dependiendo de las circunstancias, podrían profundizar o atenuar la conflictividad regional en nuestro país. Enumeraré brevemente las más relevantes a efectos de incitar a la reflexión y al debate.

1 El imaginario autonomista de Santa Cruz de la Sierra es joven y no data de más de cinco décadas. *Mutatis mutandi*, podría comparárselo con lo que ocurriría con Lago Agrio después de treinta años. Al contrario, el imaginario independentista de Guayaquil tiene más de dos siglos y ha sido construido con tanta persistencia que ha permeado a muchos estratos sociales de la ciudad. Guayaquil independiente y la estrella de octubre son, aún ahora, símbolos con alto impacto emocional.

Además, el conflicto regional ha experimentado momentos cruciales, como a mediados del siglo XIX, cuando el Ecuador estuvo a punto de dividirse; o durante la guerra de 1941, cuando las élites porteñas obligaron al gobierno a ceder una porción de la Amazonía a fin de evitar la agresión militar peruana sobre Guayaquil; o cuando León Febres Cordero, en su calidad de alcalde del puerto, anunció públicamente que había pensado seriamente en separarse del Ecuador si se legalizaba el triunvirato fugaz que se instaló en Carondelet, luego de la caída de Mahuad. En los tres casos se ha tratado

de iniciativas de los sectores oligárquicos, que sin ningún empacho han actuado de espaldas al país.

2 El presidente actual es guayaquileño, aspecto que neutraliza significativamente los argumentos identitarios de los grupos separatistas de Guayaquil. Al contrario que en Bolivia, no cuentan con un indio o serrano contra el cual enfilar sus dardos y agitar las pasiones populares.

3 Guayaquil es un puerto con un ilimitado potencial de cara a los mercados asiáticos, los cuales son fundamentales para el futuro económico del planeta. La ubicación geográfica de Guayaquil y sus ventajas productivas regionales (la cuenca del Guayas) constituyen una tentación para los bloques mundiales de poder. No se puede descartar que ciertos afanes separatistas sean acicateados desde el exterior.

4 Guayaquil no controla las principales fuentes energéticas del país. Sin energía, es sabido, ningún proyecto independiente tiene futuro. En ese sentido, es obvio que los esfuerzos de los grupos de poder locales por explotar el gas del Golfo apuntan a la superación de esa debilidad estructural.

5 Alianza País no es un partido sólido, estructurado y con trayectoria como el MAS boliviano, lo cual impide contar con bases organizadas que hegemonicen la disputa con las élites autonomistas. Lo que hasta ahora hemos presenciado en Guayaquil es la confrontación entre dos variantes ideológicas del mismo

clientelismo. Es impensable un cerco de organizaciones populares sobre Guayaquil como el que se dio en Sucre o en Santa Cruz.

6 Guayaquil es la ciudad ecuatoriana mestiza por excelencia. A diferencia de Santa Cruz, donde existe una importante población indígena descendida del altiplano en los últimos años, además de varias etnias propias de la región (guaraníes, ayoreos, chiquitanos, guarayos), la mayor uniformidad étnica guayaquileña reduce las posibilidades de confrontación interna. No veo a escuadrones paramilitares añiados garroteando indios y negros en las calles del puerto. Este factor dificulta la conformación de una fuerza social antioligárquica en el puerto principal.

7 Las fuerzas armadas ecuatorianas tienen una tradición más progresista e institucional que sus homólogas bolivianas. Difícilmente se alinearán con sectores oligárquicos si ello implica poner en riesgo la unidad nacional. Tal vez en este elemento se encuentra el mayor obstáculo para proyectos secesionistas en el Ecuador.

“¿Es posible encontrar similitudes con el proceso histórico y actual que vive el Ecuador? Por supuesto que sí. Pero también existen diferencias que, dependiendo de las circunstancias, podrían profundizar o atenuar la conflictividad regional en nuestro país.”

### Conclusión

Si se hace un breve balance de los puntos señalados, se puede aceptar la existencia de varios elementos que pueden alentar intentos, si no abiertamente independentistas, sí extremadamente autonomistas por parte de las élites guayaquileñas. De afirmarse esta tendencia, no se puede descartar a futuro opciones más radicales. Ni el gobierno, ni las fuerzas democráticas, ni los sectores patrióticos pueden desentenderse de esta posibilidad, so pena de prolongar una vez más la solución del viejo desafío de construir un verdadero proyecto de país. Todos estamos conscientes de que la oligarquía no renunciará fácilmente a sus privilegios y de que será capaz de todo para conservar el poder.

Los resultados del último referéndum permiten hacer dos lecturas rápidas, que no por apresuradas son equivocadas. En primer lugar, la pérdida de peso político experimentada por Quito en el proceso electoral es preocupante. Nunca en la historia nacional —al menos de lo que conozco— la capital había quedado tan al margen de una contienda electoral, a tal punto que no existieron cierres de campaña significativos ni a favor ni en contra de la propuesta. Los dos o tres o eventitos organizados por dirigentes de segunda línea así lo reflejan. El centro de la disputa se trasladó a Guayaquil con toda la parafernalia imaginable, dejando en claro que es allí donde se están dirimiendo los temas del poder.

Esta situación debilita la gravitación de Quito como referente de la unidad histórica y política del Ecuador, lo cual, en la práctica, fortalece cualquier postura autonomista, de manera particular la del puerto principal, ciudad que ha actuado como único y decisivo contrapeso frente al centralismo de la capital. Adicionalmente, la confrontación electoral entre el gobierno y Nebot puso en evidencia otro elemento: no quedó claro que se trataba de una disputa entre un modelo independentista y otro unitario, sino de una pelea por el control de Guayaquil; es decir, por quien manejará el destino de esa ciudad, sea cual sea su futuro (lo cual no descarta más y más autonomía).

En segundo lugar, el triunfo del NO en Guayaquil va a ser capitalizado de manera exclusiva por su alcalde, bajo un discurso que detrás de la exigencia del respeto a “su” modelo de desarrollo anuncia una insubordinación sistemática al gobierno central. En términos simbólicos dicho triunfo es una reafirmación del guayaquileñismo, idiosincrasia que no se acoge necesariamente a un proyecto de ciudad sino a valores, estilos, liderazgos, sentimientos de orgullo y autoestima colectiva. Y en este punto Nebot ha recibido, nos guste o no, el reconocimiento de la mayoría, reconocimiento con el cual seguirá apuntalando su proyecto separatista. He ahí el inconveniente de que un representante nato de la oligarquía gane elecciones populares.

Como acertadamente escribe Grace Jaramillo en un editorial de El Comercio, “el Ecuador ni es Bolivia ni será Yugoslavia a menos que nos empecinemos en lograrlo”. El desacato anticipado de Nebot a la nueva Constitución abona en ese sentido; y también lo hace el silencio del gobierno frente a la torpe injerencia del gobierno venezolano en nuestro problema regional interno. <sup>(a)</sup>

“

Salvo que quiera utilizar la fuerza de manera frontal, la única vía que tiene Evo Morales para derrotar a sus opositores regionales es provocando la implosión de su modelo, el desmoronamiento interno de su estructura de dominación. Acosarlos desde afuera con movilizaciones de masas o con la fuerza pública tiene dos riesgos graves: generar una reacción regionalista masiva que, bien manipulada, legitime aún más los liderazgos elitistas; o dividir a las fuerzas armadas y a la policía, instituciones que por tradición nunca han coincidido con posiciones democráticas. Ambas consecuencias alimentan las posibilidades de una conflagración interna.

”